

**PRESENTACIÓN DE LA NOVELA “UN LUGAR SIN ALEGRÍA” DE GABRIELA MIER.  
PREMIO NACIONAL DE NOVELA BREVE AMADO NERVO. VIERNES 2 DE  
SEPTIEMBRE DEL 2016. JARDÍN DE LAS ROSAS, MORELIA. MICHOACÁN.**

**POR MARÍA TERESA ACOSTA\***

Hay quien dice que no existe la felicidad, lo que nos indica por lógica aristotélica que no existen los lugares felices, quizá por eso Gabriela Mier no se contradiga o pueda sonar obvia. Su novela habla de la vida y la muerte, porque si no habláramos de la muerte cuando hablamos de la vida, obviaríamos su significado claro y concreto del diccionario, que está lleno de palabras muertas que nos hablan de vivir. La novela de Gabriela Mier Martínez, que no parece haber sido escrita por nadie y redactada por todos, asume por ello un estilo personal. Está escrita de la forma en la que Cuba existe, es una novela enunciativa porque se dice concretamente lo que se tiene que decir, se acaba en los cortos predicados, cual falta de aire que produce un intenso calor.

Los tres momentos o los tres estados del tiempo para la escritora, asumen vínculos entre la vitalidad y lo moribundo, para enlazar, en un sentido circular, muertes que dan vida, vida hacia la muerte. Tres estados temporales en tres sitios discordantes permiten comprender los diferentes exilios. El primero que se reconoce es el de la malquerencia, cuando se rompe la concordancia entre un ser y otro, el desastre de la desigualdad amorosa hace que muchos escapen para salvarse de la muerte del amor. La protagonista escoge el mejor sitio del mundo para huir, una isla, las islas, ya lo dijo el escritor cubano Virgilio Piñera significan:

*La maldita circunstancia del agua por todas partes*

Y allí se sabe que entre tornasoles de oleaje, framboyanes anaranjados, rocas lisas y filosas, y el gran manto de la noche no deslumbrada por las luces artificiales, que hay de islas a islas, y esta es una isla de los años noventas, una isla abandonada por ideales prehistóricos, que anhelaba las manzanas, que resintió muros caídos que desconoce, porque las islas no saben de fronteras, que tiene como producto de primera categoría al mulato y la mulata, y que exporta, además, como producto cotizado del siglo XX y XXI. Esta isla de historias barbadas y barbudas, contenida en mapas de viajeros, en libros, en Sumas Artis, en chismes de esquina, no es una isla cualquiera, es la isla de esta historia, es el disfraz que muestra el esqueleto de una Cuba que la autora vivió a la par de muchos, y que vio con sus ojos de cimarrona. Una isla que hay que leer, se les hará necesario. Ese es el segundo tiempo de esta novela con rumbos definidos en una época que nadie olvida, una de las peores crisis que ha vivido Cuba, son los ojos de una mexicana de raíces profundas, que sabe entender otras raíces profundas. Una mexicana que deja ver su voz de socióloga, de morral verde ciudadano.

Una protagonista sin nombre que se enamora del sonido del oboe, que siempre sonará distinto en la respiración de un isleño, que quiso en casi todos los exilios,

con el que huyó a transitar lo nórdico, para encontrar otras migraciones con lindes de ladrillos. Este es el tercer exilio dentro de la obra, un exilio sueco, donde intimó la deportación a su país. Carlos Varela, cantautor cubano de la nueva trova, le dedicaría una canción a quien fue un amor singular y único en la vida de otro cantautor cubano, muerto recientemente, Santiago Feliú, se trata de una mujer sueca, Gunilla, que decidió quedarse en Cuba durante un largo tiempo por una locura de amor. Hay una parte de esta canción que la novela de Gabriela Mier Martínez me ubicó de nuevo en la memoria, y es esta que dice:

*Dejó la nieve de Estocolmo  
y en mi ciudad paró su tren  
quería un paisaje sin otoño  
y se encontró  
que aquí las hojas  
se caen también.*

La deportación a México, del que huyó por amor, la regresa a otros amores, porque uno siempre huye por lo mismo; y así va muriendo en la vida para volver a vivir, en las mismas aguas, sobre las mismas rocas pulidas, negras, lisas, filosas, encalladas, brillosas, pálidas del mundo, y se sienta, casi siempre en las orillas de árboles anaranjados. Yo anduve en bicicletas, perdí el rumbo por amor, grité en los apagones, anhelaba las novelas brasileñas, comí y no comí, desayuné agua con azúcar prieta, tomé cafés azucarados con sabor a gloria de chícharos, junto a negras que no se terminaban de cocinar en los estómagos, escapé de todos y de algunos, de ciertos olores, de algunas repugnancias, como seguramente hemos hecho los seres humanos de este universo llamado América Latina. La voz de Gabriela Mier es el sabor de los destierros femeninos y masculinos de grandes letras como la de Elena Garro, Mario Vargas Llosa y Leonardo Padura, leerla es descubrir que Cuba logra algo insoportable: la necesidad de que el arte otra vez nos socorra. Es de las mejores novelas que he leído en mi vida.

¿Por qué es merecido este premio nacional de novela Amado Nervo?

Lo contestaré a través del poeta nayarita, que también murió lejos:

*Porque contemplo aún albas radiosas  
y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas  
en que tiembla el lucero de Belén,  
y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas  
gracias, ¡está bien!*

\*María Teresa Acosta Carmenate nació en La Habana, Cuba, y desde 1992 radica en México. Estudió la licenciatura y maestría en Historia del Arte en la Universidad de Morelia. En la actualidad estudia el Doctorado Interinstitucional en Arte y Cultura (DIAC). En su tierra natal posee premios en poesía y algunas exposiciones pictóricas. Ha publicado artículos vinculados con el arte y la cultura en Revistas Nacionales. Tiene experiencia como docente en diversas materias como: Arte Africano, Últimas Tendencias del Arte, Arte de Grecia y Roma, Metodología de la Investigación, Fundamentos de las Formas Artísticas, etc. Ha trabajado en diversos proyectos curatoriales, en los que se pueden mencionar: el 40 aniversario del MACAZ y como Representante del Comité Curatorial para la colocación de Esculturas urbanas en la Ciudad de Morelia. Participa en

Congresos Nacionales e Internacionales como ponente. Sus enfoques investigativos dentro de la Historia del Arte se vinculan a las manifestaciones no occidentales, como las prehispánicas y africanas, y sus influencias en el ámbito visual americano. Cada viernes colabora en temas de arte y cultura latinoamericana en el SMRTV.